

EL MENSIERO DE TEATROS,

PERIODICO DE LITERATURA.

Este periódico sale todos los Domingos.

PENSAMIENTOS DE VICTOR HUGO.



Las cuestiones sobre las palabras han cedido su puesto al examen de las cosas. Los nombres de guerra, los apodos de partido, no tienen ya significacion ninguna. Las clasificaciones de *clásicos* y *románticos*, que no ha pronunciado nunca el que estas líneas escribe, han desaparecido de toda polémica sensata y racional. Cuando las palabras duras de partido se encuentran fuera de combate en una discusion, se ha dado un gran paso en el progreso de las ideas. No hay medio de entenderse cuando se disputa sobre palabras: es una lucha furiosa, encarnizada y ciega. Esta batalla que ha ensordecido por tan largo tiempo nuestra literatura en los últimos años de la restauracion, ha concluido ya. El público empieza ahora á juzgar las cuestiones con exactitud y con justicia, desvanecido el polvo que levantaban al lado de la realidad las polémicas recientes. El pugilato de las teorías ha cesado.

« Es un error el creer que la forma importa poco en las artes: todo lo contrario. La forma es una cosa mas absoluta de lo que se piensa. Es

disparate creer por ejemplo, que un mismo pensamiento puede escribirse de diversas maneras, que una misma idea puede tener muchas formas. Un pensamiento no tiene nunca mas que una forma que le es propia, que es su forma natural, su forma completa, su forma rigurosa, su forma esencial, su forma privilegiada, exclusiva, indispensable. »

« En el siglo XIX se ha operado un cambio en las ideas, á consecuencia del cambio que han experimentado las cosas. El ingenio se ha separado del campo volteriano: al viento filosófico del siglo XVIII, ha reemplazado el soplo religioso; al espíritu de análisis, el espíritu de síntesis; al demonio destructor, el génio de la reorganizacion; así como á la Convencion habia sucedido el Imperio; Napoleon á Robespierre..... En el siglo XVIII era indispensable una lengua filosófica, en el siglo XIX se necesita una lengua poética. »

« Los hombres de génio son por lo comun hijos de su siglo; forman por decirlo así, el compendio: representan su espíritu, sus luces, sus opiniones, mas tambien á veces nacen ó muy temprano, ó sobrado tarde. Si nacen muy temprano, antes de su siglo natural, pasan ignorados, y su gloria no comienza sino cuando asoma el

siglo á que deben pertenecer: si nacen sobrado tarde, despues de su siglo natural, nada pueden y jamás consiguen duradera fama.....»

« Si el nombre que firma estas líneas fuese un nombre ilustre, si la voz que aquí habla fuese una voz poderosa, nos atreveríamos á suplicar á los hombres de talento sobre los que reposa la suerte de nuestra literatura, que deben por honor y por bien de la sociedad contribuir á que se mantengan y conserven buenas maneras y dignas en el modo de escribir. El porvenir pertenece únicamente á los hombres de *estilo correcto*. Quitad á Moliere su versificación viva, caliente, franca y entretenida, tan esmerada, como limpia en su construcción; quitad á Lafontaine la perfección de sus detalles; quitad á la frase de Corneille sus músculos vigorosos, sus magníficas formas, que le constituyen en el Miguel Angel de nuestra tragedia; quitad á Racine esa pureza de estilo, tan armoniosa, suave y discreta; quitad á Fenelon su prosa armoniosa y correcta; quitad á Pascal ese estilo matemático que ostenta tan grande exactitud en la colocación de la palabra, como lógica en la elección de la metáfora; quitad á Voltaire su solidez, su claridad, su precisión, esa prosa de cristal del *Cándido* y del *Diccionario filosófico*; quitad á esos grandes hombres esa dote que parece tan insignificante, el estilo, y vereis lo que queda de Voltaire, de Pascal, de Boileau, de Bossuet, de Fenelon, de Racine, de Corneille, de Lafontaine y de Moliere, principales ornamentos de nuestra literatura nacional.»

Un buen estilo asegura la duración de la obra y la inmortalidad del poeta: la expresión embellece el pensamiento y le conserva; es á un mismo tiempo el aderezo que adorna y la armadura que defiende.

TEATROS DE MADRID.

En el Teatro Español se ha estrenado una comedia original del señor Escosura, titulada *Las apariencias*. El señor Escosura ha querido presentar, sin duda, un cuadro animado de costumbres, y no lo ha conseguido. Nada sucede en la comedia que interese, nada que escite la curiosidad del espectador. Nunca hemos tenido al señor Escosura, por un escritor dramático de primer orden, y su última producción nos ha demostrado la exactitud de nuestro juicio. Poco medita el señor Escosura los planes de sus obras. La comedia de *Las Apariencias*, vale poco, á pesar del favor con que la ha recibido la prensa de Madrid. El público ha sido mas justo que la prensa; la dirección del teatro Español se ha visto obligada á retirar la comedia á su tercera representación. No hablamos de la versificación, porque nos duele tener que decir la verdad. Cuando se escriben comedias en romance, se debe tener muy presente á Moratin: ó hacerlo bien ó no hacerlo. La ejecución salvó la comedia. Tomaron parte en su desempeño las señoras Díez, Palma y Latorre, y los señores Romeas, Guzman, Sobrado, Barroso, Pizarroso y Caltanazor. Estamos de buen humor y no nos parece galante dar en esta ocasión algunos consejos á la señora Latorre.

En el teatro del Circo se ha puesto en escena el baile de los *Cinco Sentidos*. No hablaremos del libreto: es el mas tonto de cuantos conocemos en coreografía, y eso que los hay que arden en un candil. La novedad era la Fuoco: hablaremos, pues, de la señora Fuoco. No somos escritores que nos dejamos llevar del entusiasmo; y vamos á decir la verdad. La señora Fuoco es una bailarina sin gracia, sin voluptuosidad, sin poesía. Su escuela es la de la Esler, la escuela antigua, la escuela italiana en toda su pureza. Carece de elevación, y por consiguiente, los grandes tiempos que tan en moda ha puesto la célebre Taglioni y que constituyen hoy la escuela de la Academia Real son fruta vedada para la señora Fuoco. En cambio, la señora Fuoco es notable por la ejecución y por la fuerza que tiene en las puntas. La adquisición de la señora Fuoco es una de las medidas buenas que ha tomado la empresa del teatro del Circo. La Academia Real, según cuentan, no ha renovado la escritura de tan excelente bailarina y nos ha proporcionado el placer de aplaudirla nuevamente en Madrid. La damos sinceramente las gracias. La lucha coreográfica ha empezado. Los partidarios de la Fuoco no se han descuidado en sus dos primeras representaciones y seguirán lo mismo mientras haya *lilas* en el campo, mozos que las corten y brazos que las echen. La señora Fuoco fué recibida con suma frialdad, pero la gente se fué animando, y al fin de la *soirée*, como dicen en París, llovieron los ramos de *lilas*, salidos siempre de un mismo punto. Nosotros nos reíamos de la estudiada y descompuesta vocería y aplaudíamos con sinceridad lo que valía la pena de ser aplaudido. No nos gustan los extremos. La señora Fuoco es una excelente bailarina; estamos de acuerdo: merece que se la aplauda y que se la aplauda mucho. Deseamos que dure ese entusiasmo: la empresa ganará en ello y ese pobre teatro del Circo saldrá de la indiferencia con que le miraba el público hasta que la venida de la graciosa Guy-Stephan volvió á darle animación y vida. La señora Fuoco secunda de una manera brillante los esfuerzos de su compañera. Las dos juntas pueden hacer mucho en beneficio de la empresa, que bien

lo necesita, si ha de reponerse un tanto de sus pérdidas anteriores.

A los *Cinco Sentidos* seguirá la *Catalina*, baile también de la señora Fuoco. A este, *La Corte de Luis XIV*, cuyos ensayos se han suspendido ya por dos veces y que por lo tanto, vá pareciéndose en esto, á la vuelta del santo padre á Roma. El señor Dor no ha bailado bien la primera noche: la segunda anduvo mas acertado: tiene muy buena escuela, suma corrección algunas veces y muchos deseos de agradar siempre. Aconsejamos al maestro Appiani que ponga en armonía los bailables con las costumbres y con la época de los personajes del baile. Por mucho que concedamos á la fantasía, no llega á tanto nuestra generosidad que miremos con paciencia las polcas y las mazourkas en los pies de las Odaliscas. Como nos hemos propuesto ser muy severos, pero muy justos, con todo lo que tenga relacion con los espectáculos teatrales, por eso nos hemos aventurado á hablar con la franqueza que lo hemos hecho. Quizás en el día nos encontraremos solos en la prensa. Ya iremos ganando terreno: la razon y la justicia triunfan del espíritu de partido, de animosidades antiguas, de rencillas infundadas, y hasta de los manejos secretos y cábalas organizadas. Para averiguar verdades, el tiempo el mejor testigo y el hijo de cuatro padres.

La comedia de magia del teatro de la Cruz, *Los siete pecados capitales*, nos ha proporcionado la ocasión de conocer el octavo; el haber asistido á su representación. Las decoraciones son, sin embargo, de muy buen efecto. No queremos hablar de los actores. Están para terminar sus compromisos y no es cosa de agravar la situación de la mayor parte de ellos. La concurrencia ha sido hasta ahora bastante numerosa.

La compañía del teatro de Variedades es para el de los Basiliós.

BIOGRAFIA.

GUILLÉN DE CASTRO.

Entre los muchos y muy floridos ingenios que inmortalizan el nombre valenciano, ocupa sin disputa el lugar mas eminente el célebre Guillén de Castro, como poeta dramático; y ocuparía el primero entre todos los demas de España, á no corresponder de derecho á Lope de Vega. *Nemini secundus*: dice D. Nicolás Antonio en su biblioteca, hablando de Guillén, *si demas tamen phenicem hujus artis, Lupum Vegam*. Fué contemporáneo de este, y debió haber fallecido por el mismo tiempo aunque tres ó cuatro años antes, pues Montalvan en su *Para-todos*, publicado en 1632, no le incluye en el catálogo que inserta al fin de los que entonces escribían comedias. Lope en el Laurel de Apolo, se explica así respecto de este autor:

Ninfas del sacro Turia, ya Pactolo,
Tejed verdes guirnaldas
De flores de oro y hojas de esmeraldas,
Que son las de Helicon
A tanto vencedor breve corona.
Pero sea desmayo

De los opositores
En armas y en amores
El vivo ingenio, el rayo,
El espíritu ardiente
De don Guillén de Castro,
A quien de su ascendiente
Fue tan feliz el astro,
Que despreciando jaspe y alabastro,
Piden sus versos oro y bronce eterno:
Ya se enoje marcial, ó endulce tierno.

Aunque Guillén de Castro no hubiese escrito mas que la comedia de las *Mocedades del Cid*, que hoy corre con este título solo unida á la de sus *hazañas*, sin mas distinción que la de 1.^a y 2.^a parte, bastaría para eternizar su nombre. La famosa tragedia del *Cid* de Pedro Corneille, con que tanto se honra el teatro francés, es mas bien copia que no imitación de dicha comedia y valdria algo mas, si el trágico francés no hubiese cambiado el lugar de la escena, mostrando el poco conocimiento que tenia de nuestra historia. Solo así podria haber incurrido en el anacronismo de trasladar la corte de Fernando I, rey de Castilla y de Leon, desde esta ciudad, en que tenia su residencia, á Sevilla, corte de los reyes moros, y entre cuya conquista y la venganza del Cid mediaron cerca de doscientos años.

Mas sea lo que se fuere de la tragedia de Corneille, el modelo español está lleno de bellezas. Por todas partes resaltan en los caracteres siempre sostenidos, en los pensamientos nobles y generosos, en las imágenes selectas, en el estilo fluido y correcto, en la espresion vigorosa y enérgica, en la versificación llena y sonora, y en los movimientos de las pasiones, que están pintadas con toda delicadeza. Véase el desafío:

Cid. Conde?
Conde. Quién es?
Cid. A esta parte
quiero decirte quien soy.
Gimena. Que es aquello? muerta estoy!
Conde. ¿Qué me quieres?
Cid. Quiero hablarte.
Aquel viejo que está allí.
Conde. ¿sabeis quien es?
Cid. Ya lo sé.
¿Por qué lo dices?
Cid. ¿Por qué?
Habla bajo; escucha.
Conde. Di;
Cid. ¿No sabes que fué despojos
de honra y va or?
Conde. Si sería.
Cid. ¿Y que es sangre suya y mia,
la que yo tengo en los ojos,
sabes?
Conde. Y el saberlo (acorta
razones) ¿qué ha de importar!
Cid. Si vamos á otro lugar,
sabrás lo mucho que importa?
Conde. Quitá rapáz, ¿puede ser?
Vete, novel caballero,
vete, y aprende primero
á pelear y á vencer;
y podrás despues honrarte
de verte por mi vencido,
sin que yo quede corrido
de vencerte y de matarte.
Deja ahora tus agravios,
porque nunca acierta bien
venganzas con sangre, quien

Cid.

tiene la leche en los labios.
En tí quiero comenzar
á pelear y á aprender
y verás si sé vencer,
veré si sabes matar.
Y mi espada mal regida
te dirá en mi brazo diestro,
que el corazón es maestro
de esta ciencia no aprendida;
y quedará satisfecho
mezclando entre mis agravios
esta leche de mis lábios
y esa sangre de tu pecho.

En la relación que hace Rodrigo á Gímena de lo que pasó en el desafío de su padre, reina una naturalidad poco común en aquellos tiempos, á la cual ni aun se acerca nada de cuanto he leído en nuestros escritores sobre la misma materia. ¿Cuán atrás no se queda Lope á nuestro autor en su *Estrella de Sevilla*, refundida y representada hoy bajo el título de *Sancho Ortiz de las Rozas*? Los lectores juzgarán por la siguiente muestra:

Cid.

Tu padre, el conde Lozano,
en el nombre y en el brio,
puso en las canas del mío
la atrevida é injusta mano;
y aunque me ví sin honor,
se malogró mi esperanza
en tal mudanza,
con tal fuerza, que tu amor
puso en duda mi venganza.
Mas en tan gran desventura
lucharon á mi despacho,
mi afrenta con tu hermosura.
Y tú, señora vencieras,
á no haber imaginado,
que afrentado,
por infame aborrecieras
quien quisiste por honrado.
Con este buen pensamiento,
tan hijo de tus hazañas,
de tu padre en las entrañas
entró mi estoque sangriento.
Cobré mi perdido honor;
mas luego á tu amor rendido
he venido,
porque no llares rigor
lo que obligacion ha sido,
donde disculpada veas
con mi pena mi mudanza,
y donde tomes venganza
si es que venganza deseas.
Toma (1) y porque á entrambos cuadre
un valor y un albedrío,
haz con brio
la venganza de tu padre
como hice yo la del mío.

La comedia de *las Hazañas del Cid*, que como dejó indicado lleva hoy el título de 2.^a parte de la de *las Mocedades*, sin que sea posible comprender la razón de este cambio, se queda á mucha distancia de la primera. La acción está dividida, y atropelladas las unidades de tiempo y de lugar. El hecho principal es el cerco de Zamora, y el asesinato cometido en el rey don Sancho por Bellido Dolfos; mas se mezclan con él la ida del rey don Alonso

á Toledo á refugiarse á la corte de Alimaymon, y los amores de Zaida. Tal vez no es esto lo menos interesante de la comedia. Alimaymon, despues de poner á Toledo á disposición de don Alfonso, exagera el sentimiento general que causa su desventura, en los versos siguientes:

D. Alfonso. Aunque me ves descontento,
que tengo no has de creer
sin valor el sentimiento.

Alimaymon. Solo tú puedes tener
por victoria el vencimiento;
pues causaron los despojos
de tu valor, sin segundo,
generales los enojos,
y es tu desdicha en el mundo
llorada con tantos ojos;
tanto que en Toledo ahora,
si llora el niño en la cuna,
sus padres piensan que llora
también tu mala fortuna.
El mundo entero te adora.

La galantería árabe atenúa la afectación de este pensamiento. ¿Y qué diré de la bella, de la tierna y amorosa Zaida? El lector juzgará de la maestría de pincel con que nuestro poeta la retrata, por los rasgos siguientes:

Zaida. Alfonso, tanto voló
tu nombre, siempre alabado
por el mundo, que llegó
mil veces donde tratado
hemos de él tu fama y yo.
Inclinéme á tu valor,
siendo casta mi esperanza;
y como siempre el amor,
que fué grande en la alabanza,
en la lástima es mayor,
apenas tuve creído
tu vencimiento en tu suerte,
cuando por verte he venido,
templando el gusto de verte,
señor, el verte vencido.
Y no solo á verte vengo,
con ser este el mayor bien
que para el alma prevengo
sino á ofrecerte también
cuanto valgo y cuanto tengo.
Cuenca, Consuegra, y Ocaña,
y otras mis villas tendrás,
cuya riqueza es estraña:
y ojalá, por darte mas,
fuera mia toda España,
y cuantas provincias son
desde Levante á Poniente;
pero con esta intencion
en mis joyas solamente
puedo ofrecerte un millon.
Empeña ó vende mis villas,
sino basta mi tesoro,
y estima con mi decoro
estas entrañas sencillas
con mas quilates que el oro.

Escribió Guillen de Castro mas de cuarenta y tantas comedias, parte de las cuales se imprimieron en Valencia en 1621 en dos tomos en 4.^o por Felipe Mey, y se reimprimieron en 1625.

(1) Dándole la daga.

POESIA.

EL HALCON.

Libre otra vez, y sin prision te admiro
Ave sublime de la oscura Creta,
Surcando por los cielos de zafiro,
Globo de blanco tul;
Y mi arrobado espiritu se encanta,
Al remontarse en tu atrevido vuelo:
Y hasta esa hermosa nube se levanta
De trasparente azul.

Halcon glorioso en los anales de oro,
Allá en la edad de romancescos fueros;
Ave que al Dios que se transforma en toro
Pudiste merecer:
Grato recuerdo de hazañeras lides,
Allá en los tiempos de marcial pujanza;
Tú coronaste el hombre de los Cides,
Débeste envanecer.

Halcon feliz, la coronada villa
Del ilustre FERNAN, tú ennobleciste,
Cuando del feudo libértó á Castilla
Un corcel y un azor.
Y ese pueblo vestido con tu gloria
Te vé cruzar sobre sus pardas torres,
Sin consagrar un ay! á la memoria
De tu heredado honor!

Entonces sí, las opulentas damas,
Ofrecian la nieve de sus cuellos
Bajo tus pies, cual nacaradas ramas
En que posases tú:
Y con sus manos, la vistosa espuma
Crespar solian de tus blancas alas,
Preciando en mas la plata de tu pluma,
Que el oro del Perú.

Y del hidalgo el humildoso pag:
Con paños de oro tu cerviz pulia,
Tu corvo pico y lúbrico ramage
Dejando cual cristal.

Y aunque te hacias leve con las damas,
Al pesar sobre el guante del guerrero;
Sus brazos fuertes, como flacas ramas
Doblabas colosal.

Antes el rey de cazas y festines;
Ahora en esa atmósfera perdido;
Antes blason de ilustres paladines
Y su encanto y su amor:

Y ahora solitario en las llanuras,
Vagando combatido por los vientos:
Atomo imperceptible en las alturas!
Pero libre y señor!

Libre si, como en las cumbres
de esa gigante montaña,
que con sus torrentes baña
turbulento el ancho mar.
Donde la egipcia columna
puso el Hércules Trajano;
grabando atrevida mano
«Ya no hay mundos que surcar!».

Tú, señor de esos espacios,
pudiste burlar los mares,
penetrando ocultos lares
y desmintiendo su augur:
Tornando aquí por trofeos,
aun salpicadas tus plumas,
con las brillantes espumas
de los cristales del Sur.

Tú calaste la alta nube
que sirve de basa al cielo:
tú remontaste tu vuelo
hasta coronar al sol:
Que como un hijo del viento,
alas del Noto vestias,
con que raudo discurrias
todo el confin español.

Entonces si que eras grande,
sobre las nubes erguido,
entre los vientos mecido,
con libertad y poder:
De rasgar del Firmamento
esa nube parda y densa,
llegando á la sombra inmensa
del vacío y del no ser!

Pero tan cerca del sol
no es mucho te deslumbráras,
y que el fausto ambicionáras,
de la opulenta ciudad:
Llorando pronto en los lazos
del cazador que te engaña,
tus nubes y tu montaña,
perdidas por vanidad.

En vano despues el viento
prestaba impulso á tus alas:
del campo en vano las galas
y del sol el rebrillar.
¿Qué valen ay los encantos
de sus pintados celajes,
si tus vistosos plumages
ya allí no pueden volar!

O solo un instante breve
se holgará allí tu esperanza,
pues vás al aire en fianza
y es la tierra tu prision.
Suená á tus plantas un grillo
que va contando tus penas;
y aunque de oro, son cadenas
y te acuerdan lo que son!

En vano olvidarlo intentas
entre el crugido del viento,
ó del rayo violento
entre la ronca esplosion;

Que del cascabel sonoro
jamás te se aparta el ruido;
que vá contando á tu oído:
«Volverás á tu prision.»

Y entonces ya, por venganza,
cebasto la garra fiera,
en la garza mas ligera
que por tu nube cruzó.

Venganza que tú sentias,
ejecutando á despecho,
que noble nació tu pecho,
y el matar no es noble, no!

Y es prueba de tu nobleza,
sin tratar de huirte lejano,
volver humilde á la mano
la presa á depositar:

Queriendo librar al viento,
de tu fianza prestada,
ó con tu pluma manchada
á tus verdugos culpar.

En vano despues las damas
con sus bordados cendales,
borran las rojas señales
que ensangrientan tu collar:

Y en vano aplausos te ofrecen
infanzones y donceles,
mientras sus manos crueles
tu grillo hacian sonar.

En vano luego alinaban
puliendo tus ricas plumas,
porque de nuevo presumas
de su pompa y brillantez;

En la vistosa alcandára,
colocándote entre flores,
para fingirte verdoros
que te robaron, pardiez!

Pues por término, los pages
con paños que sedas tejen,
y que perlas entretejen,
ceñiente el caperuz.

Rey sus cantos te decian,
y á tu pié sonaba un grillo;
y volviante á un castillo,
á vivir sin ver la luz.

Sonaste entonces los campos
de tus florestas hermosas;
y las fuentes deliciosas
del apartado espesor:

Y el verde ramo del sauce,
en cuya copa mecido,
fué tu columpio y tu nido,
y la mansión de tu amor!

Sonaste entonces las auras
de tu apartado horizonte,
cuando el Olímpico monte
en sus cumbres te anidó:

Que, ó fué una nube tu cuna,
ó lo fué el monte divino:
te llaman: *El Peregrino*,
porque el hombre la ignoró.

Pues bien, ya has vuelto á tus nubes
y á tus perdidas montañas:
ya tuyas son las campañas
y del sol la claridad:

Olvida añejas usanzas
de deslumbrantes honores:
bien lo sabes, los mayores
no valdrán tu libertad!

Ave noble y generosa,
tú heredaste la hidalguía:
te bastó la compañía
de tantos buenos á fé.

Y perpetuado en tu raza
tal blason ya considero,
pues te miro caballero,
y en tus espuelas se vé.

Si alguna vez ofuscado
por tu desvanecimiento,
aun tu loco pensamiento
pide al mundo admiracion:

Sin que te vendas, no olvides
la inspira ya tu nobleza,
tu hermosura, tu grandeza,
y hasta tu nombre de HALCON.

Octubre. 1839.

ROMERO LARRAÑAGA.

TEATROS DE PARIS.

El drama de Lamartine, representado en el coliseo de la Puerta de San Martin, ha obtenido un éxito brillante. Para que nuestros lectores puedan formarse una idea de su argumento y de las pasiones que en él pueden agitarse, insertamos á continuacion una noticia histórica de su protagonista, publicada por uno de los principales periódicos de esta capital.

En 1743 nació en Santo Domingo, de padres esclavos un hombre que habia de ejercer despues una gran influencia en su patria. Llamábase Santos.

Reputado en Breda como esclavo, su oficio era guardar rebaños.

No tardó mucho Mr. Baillon Libertat, administrador de aquella propiedad, en distinguir al jóven pastor hasta que le hizo su postillon, enseñándole el mismo á leer y á escribir; y por último, le encargó el cuidado y vigilancia de otros negros.

Santos tomó estado á los veinticinco años con una mujer á quien adoraba en extremo, y que se complacía haber escogido por sí mismo, á pesar de la infinidad de proposiciones que le hicieron sus amos, ya con jóvenes de hermosa presencia, ya con elevadas damas, si bien fué mucho mas feliz con la compañera que habia escogido por su vida laboriosa y aplicada.

No tardó mucho en despertar la educación las facultades del joven negro, haciéndole pensar sobre la degradación de sus hermanos, el trato que tuviera con los hombres libres. No podía concebir por qué se hallaba la esclavitud tan cerca de la libertad, y cómo una diferencia tan solo en la epidermis habia de constituir una distancia tan inmensa entre los seres creados por Dios. Cayó en sus manos Raynal y el esclavo devoró el libro del filósofo: se le apareció entonces la libertad, descubrió completamente su espíritu y tendencias, y se creyó el libertador que anunciaba Raynal á esa gran parte de la especie humana á que pertenecía.

Estallaron algunas insurrecciones en varios puntos de la isla, llegó á las Antillas la noticia de la revolución francesa, y poco á poco los sucesos de la Europa fueron ocupando vivamente al joven negro. Suscribióse á los periódicos franceses por mediación de un europeo, en los cuales iba empapándose su alma de las ideas de libertad que cundieran entonces por la Francia. Por último, apenas llegaron á sus manos los primeros decretos de las constituyentes, consagrados todos á favor de la esclavitud, tomó las armas. Los negros hicieron la guerra á los blancos bajo las órdenes de Blasson, del cual era Santos ayudante.

Empezando el rey de España la guerra con la Francia en aquella época, hizo proposiciones á Santos y demás gefes negros, por las cuales les concedía la libertad que su madre patria les negaba, si querían combatir bajo sus banderas. Aceptó Santos y llegó á ser coronel español. Hicieronle tambien proposiciones ventajosas los comisarios de la República, á los cuales respondió que los reconocería y obedecería cuando ocupasen por completo el trono de un rey.

Así que apareció el decreto de la Convención del 16 pluvioso que proclamaba la libertad del pueblo negro, se pasó á Francia en compañía de sus amigos, de sus colegas y de los oficiales que habian servido en la Península, degollando á los españoles y apoderándose de varias plazas. Este hombre, exclamó el comisario del gobierno, *lo atropella todo*. Estendióse esta palabra y toda la colonia le apellidó así desde entonces, bautismo glorioso que aceptó de modo que no se firmaba ya mas que Santos *el atropella todo*. Siendo general de la brigada francesa estalló una conspiración, de resultados de la cual fué aprisionado el general Laveano, representante de la Francia. Armó Santos á sus negros, marchó contra los rebeldes, libertó al general francés, y este, proclamándole libertador de los blancos, le nombró lugar-teniente en el gobierno de Santo Domingo. Desde este momento fué cada vez mayor la autoridad y el poder de Santos, hasta que fué proclamado, en fin, general en jefe del ejército de Santo Domingo.

Todos sus cuidados se dirigian ya á regenerar el trabajo y la agricultura. Mostraba el mayor celo en todos los negocios confiados á su ministerio; y era tal su rigor y serenidad, que presenciaba frecuentemente la ejecución de sus sentencias.

Los negros habian sido puestos en libertad; pero con obligación de trabajar durante cinco años en las tierras de sus señores, con solo una cuarta parte de producto. Considerándose ya como libres, á pesar de que sufrían un yugo mucho mas pesado que el que lleváran en su época primitiva, obedecían gustosos, porque se lo imponía un

hombre de su raza, en el que reconocían los blancos talentos superiores.

Pareciendo ya demasiado fuerte el poder que ejerciera Santos, Vanblanc le acusó de dictador en la tribuna despues de haberse reunido el cuerpo legislativo. Este resolvió en su vista enviar á Santo Domingo al general Hedouville.

Antes de pasar adelante trazaremos ligeramente el estado principal de la colonia y el retrato del hombre que la gobernaba.

Santo Domingo estaba habitado por veintitantos mil blancos propietarios, veintitantos mil libertos de varios colores, y cuatrocientos mil esclavos negros que se dedicaban al cultivo del campo. En los ánimos fermentaban violentas pasiones debidas al clima y á un estado social en que se tocaban dos extremos, cuales son la riqueza orgullosa y la esclavitud envilecida.

Santos, que despues de cincuenta años de esclavitud habia llegado á ser casi el rey de Santo Domingo, estaba dotado de un profundo disimulo. Hablaba poco, no se fiaba de nadie, detestaba á los mulatos como mas próximos á su raza, halagaba por el contrario á los blancos, era sóbrio y templado y fingia una extrema devoción, pues alguna vez subia al púlpito y les predicaba. Aunque estaban cubiertos de bordados los oficiales que le rodeaban, afectaba él una escasa sencillez en su traje. En su ejército reinaban el mayor orden y la disciplina mas rigurosa. Cuando llegó el general Hedouville, despues de haber batido Santos á los ingleses, era tratado por ellos como el verdadero soberano de la isla. Los sacerdotes iban delante con el Santo Sacramento, y los soldados le presentaban las armas formados en dos filas. Viendo esto Hedouville, sin crédito y sin poder, tomó el partido de embarcarse. Estalló otra insurrección bajo las órdenes de Rigaud, y Santos le venció de todos modos.

Entonces publicó una constitución, hizo varias proposiciones y escribió á Bonaparte para darle á conocer los acontecimientos que se habian efectuado. Habiendo encabezado una de estas misivas con las palabras: «El primero de los negros, al primero de los blancos» no pudo sufrir Bonaparte que le trataran con tal franqueza, y envió una gran expedición. Empeñóse una guerra cruel con las alternativas de la victoria y de la derrota para los dos partidos. Habíase retirado Santos cerca de la *Crête* á *Pierrot* donde tenia escondidos treinta y dos millones de francos, que no pudieron jamás encontrarse porque habian recibido la muerte los que los enterraron cuando se vió precisado á sostener una gran lucha. Aunque habian muerto veinte generales y quince mil hombres en el espacio de dos meses, se preparaba Santos á combatir de nuevo, cuando fué sorprendido en una emboscada. Cargado de cadenas lo llevaron á Francia donde murió al instante por el rigor del clima á la edad de sesenta años. Cuando entraba en el navio que le habia de llevar á Francia, exclamó: «derribándome á mí, no se derriba mas que el tronco del árbol de la libertad de los negros, pero quedan aun las raíces, que serán suficientes para vencer porque son profundas y numerosas.»

Al ver París anunciado en los carteles el nombre de este personaje célebre por tantos títulos, al lado del de un gran poeta cuyas obras agradan sobremanera, acudió una concurrencia inmensa al teatro de San Martin. A donde quiera que se fijáran los ojos, allí se veía ya un personaje célebre, ya un título cualquiera; al lado de un ex-miembro del gobierno provisional, se pavoneaba una graciosa actriz; no lejos de un magistrado eminente, se veía al hermano de un ministro. En el segundo piso del teatro el embajador de Inglaterra habia abierto su palco á una multitud de eruditos. Los demócratas furibundos se hallaban reunidos en dichos palcos, y cada cual, por di-

verso que fuera su matiz político, se había proporcionado entrada como si fueran á presenciar una acción dramática que se presenta rara vez por su mérito y grandiosidad.

Levantóse el telon ante aquella muchedumbre ansiosa, y se presenta un grupo de negros, negras y negritos cantando la *Marsellesa*.

En medio del baile y del canto de aquella multitud se divisó en lontananza las velas de uno, dos, tres, diez, veinte y cincuenta naves. Alármase el pueblo, corre á las armas y viene la noche á cubrir con una especie de velo aquel cuadro lleno de animación, en que se mezclaban las órdenes de los militares con las voces de los criollos.

Durante este tiempo permanece Santos solo en su despacho entre el mapa-mundi y el reclinatorio, trabaja, interroga su conciencia, escucha la voz de su corazón y hace oración delante de Cristo; se le anuncia la llegada de las tropas francesas, y Santos se convence de que debe sacrificarse y perder á sus hijos por salvar á su país.

Se ve luego á Santos mendigando el sustento en medio del campo.

Después de otros muchos trabajos, se retira Santos á las Cabezas en medio de las rocas inaccesibles, acompañado de sus tropas fieles, á donde las arenga y procura animarlas por todos los medios. Estando á punto de admitir las proposiciones que le hiciera el general Leclerc, atraviesa una bala el corazón de Adriana, sobrina suya muy amada, y esclama irritado: ¡á las armas! y baja el telon cuando iba á empezar una guerra de exterminio.

Mas bien que un drama es un poema épico en magnífico verso, la obra que acabamos de analizar. En efecto, apenas están trazadas las grandes prendas de Santos, de ese esclavo que llega á ser libre y soberano, de ese general vencedor de los españoles, de los ingleses y de los negros insurreccionados. Mr. de Lamartine casi no ha visto en él mas que el padre, el hombre de la familia en ese guerrillero altivo, en esa alma tan maravillosamente templada.

Abunda el diálogo en cantos poéticos de gran efecto é ideas de libertad, amor paternal y descripciones pintorescas llenas de una suave y rica poesía.

A la una de la mañana pedía el público á grandes voces la salida de Lamartine; pero no vió realizados sus deseos.



NOTICIAS TEATRALES.

Se espera de un momento á otro al señor Russich ajustado para el teatro de la Opera, como primer tenor. No son muy buenas las noticias que de él tenemos.

Una nueva empresa ha hecho proposiciones al señor de Colmenares, propietario del Circo.

Las representaciones de *Los partidos*, del señor Vega, han estado poco concurridas: la dirección del Teatro Español ha confiado el desempeño de sus principales papeles á las señoras Lamadrid y á los señores Guzman, Calvo y Arjona.

Dentro de pocos dias se pondrá en escena la comedia del señor Breton, titulada: *A Madrid me vuelvo*, y á la mayor brevedad, *Maria Estuarda*, tragedia, tambien del señor Breton de los Herreros.

Se suscitan dificultades á la pronta representación de *La corte de Luis XIV*. La actividad de ciertas personas es elástica: con el tiempo nos esplicaremos.

Se asegura, no sabemos el fundamento que tenga la noticia, que una seccion del Teatro Español, capitaneada por el señor Arjona, dará algunas representaciones este verano en los teatros de Barcelona. Otros dicen que la señora Díez y el señor Romea han recibido brillantes proposiciones para el mismo punto y con igual objeto se entiende.

Las noticias que hemos recibido de Valencia aseguran el mal estado del señor Lombardia. El público no está completamente satisfecho de este primer actor. El señor Fernandez gusta cada dia mas. *El sitio de Zaragoza*, drama del señor Lombardia, se ha sostenido con dificultades, y ha producido poco dinero.

Se han suspendido los ensayos del *Nabucco* en el teatro de la Opera.

El señor Gaztambide se ocupa en la actualidad de escribir una nueva ópera cómica.

El señor Carrion, mal bolero de Zaragoza y la señora Menendez que todos conocemos, se hallan en Bayona bailando con alguna aceptación la segunda, las danzas españolas.

MADRID: 1850.

Imprenta de D. JOSE MARIA ALONSO,

Salon del Prado, número 8.